

de Berthier, de Mr. de Basano, de Mr. de Caulaincourt, y sobre todo á las alarmas de París. ¿Amplitudes para tratar?..... preguntaba. ¿Qué se entendía por estas expresiones?..... Si se entendía sacrificios en Holanda, en Alemania, en Italia, dispuesto estaba á hacerlos. Abandonaria el Wahal, para retroceder al Mosa y al Escalda, si bien á tal de guardar á Amberes. Sacrificaría á Cassel y Kehl, á pesar de ser verdaderos arrabales de Maguncia y de Estrasburgo, y hasta dismantelaría á Maguncia para tranquilizar á Alemania, bien que á condicion de conservar el Rhin. En Italia renunciaría á todo, hasta á Génova, con tal de que retuviera los Alpes, y algo para el príncipe Eugenio, si era posible, por su fidelidad acrisolada. Pero consentir en recibir menos que la Francia, la verdadera Francia, aquella cuyos límites habia fijado la revolucion de 1789, equivalía á deshonorarse sin esperanza de salvarse. En el fondo, decia, ya no se deseaba tratar con él, sino destruirle con su dinastía y sobre todo con la revolucion francesa, y las proposiciones de negociar no eran mas que un trampantojo. Si en la nueva oferta de tratar habia sinceridad acaso, se le prepararian condiciones tan humillantes que produjeran su deshonor, como garantía contra su carácter y su génio ¡Mas no habia posibilidad de que se allanara á tales cosas! Bajar del trono, y aun morir, para quien no era mas que soldado, valia poco en comparacion de la deshonor. Los Borbones podian aceptar la Francia de 1790: jamás habian conocido otra, y era la que tuvieron la gloria de crear. Pero él que habia recibido de la república la Francia con el Rhin y los Alpes. ¿Qué respondería á los republi-

canos del Directorio, si le devolvian la fulminante apóstrofe que les dirigió el 18 de brumario? ¡Nada, y quedaria confundido! Se le pedia, pues, lo imposible, porque se le pedia su propia deshonor.—

Nos atreveremos á decirlo, nosotros que en esta larga narracion no hemos cesado de censurar la política de Napoleon, que hemos hallado inútil, poco sensata, funesta, en fin, toda ambicion extendida mas allá del Rhin y de los Alpes; lo que es ahora Napoleon, á nuestro parecer, veia mas acertadamente que sus consejeros; mas, segun siempre acaece, de resultas de haber errado por largo tiempo, ni cuando tenia razon era ya escuchado ni creido. Sus diplomáticos desilusionados ya muy tarde, sus generales extenuados de fatiga, le conjuraban á seguir emperador de cualquier imperio, pues, quedando emperador, no dejaban ellos de ser lo que habian sido. Francia tendria menos territorio, pero aun figuraria como grande por ser Francia, y de su categoria individual no perderian ellos lo mas leve. A sus ojos el Rhin y los Alpes constituian quizá la grandeza de Napoleon y de Francia, pero de ningun modo la suya ¡Triste argumento que el cansancio hacia excusable en los militares ya rendidos, y el temor en los diplomáticos justamente alarmados! A la verdad las conquistas hechas por Napoleon del Rhin al Vístula, de los Alpes al estrecho de Mesina, de los Pirineos á Gibraltar, no valian la sangre que habian costado, ni merecian que se vertiese la de un solo hombre. Por el contrario, para conservar las fronteras naturales de Francia, se podia pedir á sus soldados que derramaran hasta la última gota de su sangre, se podia pedir á Napoleon que aventu-

rara su trono y su vida; y en nuestro sentir, despues de tantos errores, despues de tantas locuras y prodigalidades de todas clases, él solo tenia razon al expresar que se exigia su honor al exigir que cediese algo de las fronteras naturales de Francia, de las que la república habia conquistado y le habia trasmitido en depósito. Pero unos por afecto, otros por cansancio, algunos por deseo de conservarse, le decian á una:—Señor, salvad el trono vuestro y asi lo habreis salvado todo.

Rudos y repetidos fueron los ataques; y al fin creciendo las alarmas de hora en hora, no queriendo Napoleon especificar los sacrificios, contándose con la altivez de Mr. de Caulaincourt y con su patriotismo, le envió *carta blanca*, segun su tesimal frase. Fundadamente esperaba que, conociéndole Mr. de Caulaincourt como le conocia á fondo, no veria aqui una autorizacion para hacer los últimos sacrificios, y que, sin embargo, si se necesitaban grandes concesiones para arrancar la capital de las manos de los aliados, libre era en sus acciones y podia salvarla; singular astucia para consigo mismo, y respecto de Mr. de Caulaincourt y de su honor tal como lo comprendia, pues en el estado presente de las cosas, no concedia nada, ó se atemperaba al abandono de las fronteras naturales; singular astucia y aun fuerza es añadir que única debilidad arrancada á este gran carácter por las instancias de sus lugartenientes y de sus ministros, si bien, como se verá en breve, no fué mas que muy transitoria.

Despachada á Mr. de Caulaincourt esta autorizacion, dió algunas órdenes propias de su situacion extremada. Al cabo el tenaz silencio guardado

respecto de Murat, indujo á éste á tratar con Austria. Su defeccion era tan condenable como la de Bernadotte, aunque producida por sentimientos menos malos. La lijereza, la necesidad insaciable de reinar, el miedo y una vehemente envidia del príncipe Eugenio alteraron y arrastraron el corazon de Murat. Forzoso es decir que su muger era aun mas delincuente, porque ligada á Napoleon con deberes mas estrechos, aun fingiéndose dolorida delante del ministro de Francia, é impotente para impedir cosa alguna, lo cierto es que ella condujo por medio de Mr. de Metternich la negociacion á remate (1). Las condiciones de la defeccion eran las siguientes. Murat conservaria á Nápoles, y renunciaria á Sicilia, indemnizándosele con una provincia en la tierra firme de Italia. En cambio prometia marchar al frente de treinta mil hombres contra el príncipe Eugenio. Cumpliendo la palabra se adelantó hácia Roma, y despues envió una division á Florencia y otra á Bolonia, sin declarar lo que iba á hacer á punto fijo, pues le quedaban harto buenos sentimientos para que no se avergonzara de su conducta, y bastante astucia para no revelar á los oficiales franceses, de quienes necesitaba mucho, que les iba á emplear contra Francia. Al general Miollis pidió que le entregara el castillo de Santo Angelo, y á la princesa Elisa que le entregara la ciudadela de Liorna, bajo la apariencia de que para los designios del emperador se hacian indispensables estas ocupaciones.

(1) Este hecho tristísimo en medio de tantos otros no se puede poner en duda desde que los papeles de lord Castlereagh se han publicado. Con efecto, alli se ve que el agente principal de la negociacion fué la reina.

Ni el general Miollis, ni la princesa Elisa asintieron á su demanda.

Estos pormenores inspiraron á Napoleon una irritacion que se concibe fácilmente, si bien la disimuló por interés de los muchos franceses que residian en Italia. Al duque de Otranto le previno que se dirigiera nuevamente al cuartel general de Murat y que estipulara la rendicion de los puestos fortificados que pedia el monarca napolitano, bajo condicion de que los franceses serian respetados en sus vidas y haciendas. Mas dentro de su corazon habia jurado tomar venganza de tan negra ingratitud, y al golpe ideó suscitar á Murat un embarazo que no podia dejar de ser muy sério. Murat en su tratado con Austria habia esperado comprender todo el centro de la Península bajo la indicacion harto vaga de una provincia en la tierra firme de Italia. Ahora bien, con enviarle el papa en tal coyuntura, se creaba á su ambicion un obstáculo punto menos que insuperable. Segun se ha visto, Napoleon habia dirigido á Pio VII hácia Sazona, y ahora hay que añadir que en todo el tránsito recibieron las poblaciones al sumo pontífice con marcadas muestras de adhesion y respeto. Napoleon dispuso que se le condujera á las avanzadas, con los miramientos de que no se habia prescindido nunca, y se le declarara que estaba en libertad para volver á Roma. Asi acababa este otro drama, tan semejante al de España, por el envió del príncipe cuyos Estados se habian querido adquirir con apoderarse de su persona, y que hoy se tenia á ventura dejar en libertad plena, con la esperanza de sacar algun medio de salvacion de la mas triste de las retractaciones.

Lo que importaba mas que Murat y el papa era aprovechar la coyuntura para abandonar la misma Italia. ¡Otra retractacion bien tardía, aunque muy útil si se hiciera á tiempo! Mientras Murat estuvo inactivo, se podia mantener el príncipe Eugenio en la Lombardía, defendiéndose junto al Adije; á pesar de algunos desembarcos de los ingleses á su derecha y á su espalda; mas viniéndole Murat á coger de revés por la derecha del Pó, no habia posibilidad de que se sostuviera mas tiempo, y Napoleon prescribióle que se retirara por Turin, Suiza, Grenoble y Lyon á toda prisa, para acudir en socorro de Francia, cuya conservacion importaba harto mas que la de Italia.

Ocupado así en deshacer lo que habia hecho, Napoleon expidió sus últimas órdenes respecto de Fernando VII, impaciente de continuo por recuperar su libertad. Al fin se habian tenido noticias del duque de San Carlos. Segun ellas encontró en el camino á la regencia de España, que despues de muchas vacilaciones en Cádiz, se habia determinado á trasladar su residencia á Madrid, donde de tres siglos atrás la tenia el gobierno de España. En Aranjuez vió el duque de San Carlos á los individuos de la regencia y á los principales personajes de las córtes; y le respondieron sin sombra de duda, ni aun de vacilacion siquiera. Ante todo no queria nadie separarse de los ingleses, con quienes esperaban invadir el Mediodía de Francia muy pronto; y además, ninguno de ellos tenia prisa por recuperar á Fernando VII y entregarle un poder que le habian conservado, y del cual era fácil presagiar que haria en breve muy mal uso. Por esta doble razon se negaron á asentir á un tra-

tado concluido en estado de cautiverio, y con infinitas protestas de sentimiento, de obediencia, de adhesion, declararon que no reconocerian la firma del rey hasta que se hallara en territorio español y en pleno goce de su libertad. Por otra parte se invocaba para responder de esta suerte un motivo de bulto, y era un artículo de la constitucion de Cádiz, por cuyo texto literal se expresaba que toda estipulacion firmada por el rey en estado de cautiverio seria nula. De consiguiente se despidió al duque de San Carlos con este artículo de la constitucion para Valenzey, y el desgraciado Fernando experimentó una verdadera desesperacion de resultas.

No habia ya, pues, que titubear por mas tiempo, y valia mas correr la eventualidad de ser engañado, á la par que la de hallar á Fernando VII fiel á su palabra, que retenerle prisionero, lo cual forzosamente nos constituia en guerra con los españoles, y nos obligaba á dejar sobre el Adur las tropas de que teníamos necesidad mas apremiante junto al Marne y el Sena. Asi Napoleon dispuso restituir la libertad á Fernando VII y á los demás príncipes españoles detenidos en Valenzey, enviarlos sin demora cerca del mariscal Suchet, exigirles un compromiso de honor en cuanto á la fiel ejecucion del tratado de Valenzey, y procurar de este modo cuando menos la recuperacion de las guarniciones de Murviedro, de Mequinenza, de Lérida, de Tortosa, de Barcelona, que traspondrian inmediatamente los Pirineos. Si no podia ser llevado á Paris el mariscal Soult, retenido en Bayona por la presencia de los ingleses, no ofreceria inconveniente la ida á Lyon del mariscal Suchet, que no se ha-

haba en el mismo caso y que tenia delante un ejército infinitamente menos temible. De nuevo le prescribió Napoleon que enviara al Rosellon todas las fuerzas que no le fueran indispeusables, y que se aprestara personalmente y con el resto del ejército á seguir igual rumbo. Si llegaba á Lyon el mariscal Suchet con veinte mil hombres, y con treinta mil el príncipe Eugenio, evidentemente cambiara la suerte de la guerra, dado que no podrian permanecer entre Troyes y Paris los enemigos, cuando subieran de Lyon á Besanzon no menos de cincuenta mil veteranos.

Mientras Napoleon expedia estas órdenes los dias 4, 5, 6 y 7 de febrero, á la par que los empleaba en explorar los movimientos de los aliados, tambien dió otras relativas á la defensa de Paris. Allí crecia la alarma á cada paso retrógrado del mariscal Macdonald sobre el Marne, porque los fugitivos del ejército y de las poblaciones campesinas hacian cundir el espanto. José pidió instrucciones respecto de la emperatriz, del rey de Roma y de las princesas de la familia imperial, consultando si convendria que se mantuvieran dentro de Paris en caso de peligro. No se trataba de evacuar á Paris de ningun modo: por el contrario, Napoleon habia prescrito que se llevara la defensa hasta el último extremo. ¿Pero de asomar el enemigo se debia dejar allí á uno de los príncipes con poderes extraordinarios y orden de resistir á muerte; despues de enviar detrás del Loira á la emperatriz, á la familia imperial, al rey de Roma, á los ministros y á los principales dignatarios? Esta cuestion se debatia en las calles de la capital á voces, lo cual demuestra hasta donde rayaba la agitacion de

los ánimos. Luis, antiguo rey de Holanda, vuelto á Francia despues de los reveses de su hermano, propuso encerrarse en París y defenderse á todo trance, de lo cual era muy capaz sin duda, si se hacia salir de allí á la córté y al gobierno. Muchas personas sensatísimas opinaban que no partieran la emperatriz ni el rey de Roma, porque su partida se consideraria como una especie de abandono de la capital, que ofenderia y alarmaria á los parisienses, y semejaría como preparacion del hueco para llenarlo muy pronto con los Borbones. Mr. de Talleyrand, que veía acercarse el reinado de estos príncipes muy á las claras, que habia recibido seguridades secretas de las buenas disposiciones que les animaban respecto de su persona, que sin amarles, sin fiar en sus luces, esperaba ganar cerca de ellos el favor que cerca de Napoleon habia perdido, no queria, sin embargo, comprometerse ni demasiado pronto, ni muy irrevocablemente con éste, aparentaba mucho celo en ayudar á José y á la emperatriz, y se desvivía por acreditarlo con emitir los consejos que le parecían mejores. A sus ojos lo de hacer partir de París á la emperatriz, equivalía á ceder imprudentísimamente el puesto á los Borbones, que tendrian en su abono el prestigio de veinte y cuatro años de infortunios, y el prestigio mayor aun de la paz que proporcionarían á Francia. No queriendo José echar sobre sí ninguna responsabilidad en esta materia, con instancia pedia á Napoleon que expresara su voluntad definitiva sobre tales particulares. Lo que es la emperatriz no tenia voluntad, ni opinion propia, y de acuerdo con el príncipe Cambacéres, que segun se ha dicho, se habia hecho muy piadoso, mandaba

hacer las oraciones que en la liturgia católica se llaman de las Cuarenta horas.

Imperturbable Napoleon delante de todas las desventuras de la guerra, solo se mostraba impaciente al recibir el correo de París, que le traía muchas veces al día el triste cuadro de las ansiedades de su gobierno.—Teneis miedo, escribía á los hombres vestidos con su confianza, y lo comunicais al rededor de vosotros. Grave es la situacion, *mas no llega á lo que vuestras alarmas*. Lo de orar es muy bueno, pero orais como gentes llenas de susto, y si aquí siguiera yo vuestro ejemplo, mis soldados se creerian perdidos. Ejecutad en torno de París las obras que os he preceptuado: armad, vestid á mis conscritos, hacedles tirar al blanco, enviádmelos tan luego como adquieran las nociones indispensables, detened á los fugitivos, obligadles á ingresar en los cuerpos, reunid víveres y municiones; estad tranquilos, no mudeis de consejo á cada idea que brota de la fermentacion de los ánimos, tened presentes mis órdenes de continuo, cumplidas, y *dejadme hacer*. De sobra sé que á la parte de Sens han aparecido algunos cosacos, y que Maedonald se ha dejado arrollar sobre el Marne; pero estad tranquilos, pues el enemigo pagará muy cara su temeridad loca. Lo repito, no os agiteis, no deis oídos á todos los emitidores de consejos, no hableis á cualquier advenedizo; trabajad, callad y *dejadme hacer*...

Tales eran los enérgicos y prudentes consejos que Napoleon dirigía al príncipe Cambacéres, á su hermano José y al ministro de la Guerra. A la emperatriz no le daba mas que noticias de su salud, algunos detalles sucintos sobre el ejército y tran-

quilizadores, todo en tono firme y afectuoso; pero ya tenia su opinion muy formada sobre lo que debia hacer de ella y del rey de Roma, si se presentaba delante de París el enemigo. Su voluntad era que la capital se defendiese á todo trance, muy persuadido de que si la llegaban á entrar los aliados, al instante erigirian un gobierno, que de fijo no seria el suyo; pero, al disputarla vigorosamente contra los invasores, no queria que permanecieran dentro ni su esposa, ni su hijo. Guardándolos en su posesion creia mantener con Austria un vínculo poderoso que no permitiria despreciar ningun respeto humano. Si por el contrario soltaba prenda tan preciosa, le ocurría que de seguro se apoderarian de María Luisa y abusarian de su debilidad para componer una regencia que le excluyera del trono, ó la enviarían á Viena con el rey de Roma, donde se les prodigarian agasajos, como se hace con una buena hija comprometida en un mal matrimonio, y á él le tratarían como á un aventurero indigno de tal esposa, y le confinarían en alguna prision lejana. Luego se educaria á su hijo en Viena como príncipe austriaco.... Cuando esta perspectiva se presentaba á su mente, le trastornaba de una manera profunda y le hacia olvidar otra no menos alarmante, la de la evacuacion de París ante los Borbones, que se acercaban á sus puertas. Razon le asistía sin duda, pues era verdad que se apoderarian de su hijo y de su esposa; que educarian á su hijo como príncipe extranjero; que pondrian á su muger en brazos de otro marido; pero no era menos verdad que, dejando á París vacio, se aprovecharía la coyuntura para colocar allí á los Borbones. ¡No este mal ó el otro, sino todos los

males juntos iban á caer sobre su cabeza condenada por la Providencia en castigo de sus culpas!

Preocupado particularmente por la zozobra de que su esposa y su hijo cayeran en manos de los austriacos, prescribió á su hermano José por carta del 8 de febrero que se atuviera á las instrucciones que le habia dado antes de su partida; tales como dejar en París á su hermano Luis con poderes amplos; quedarse tambien él si lo creia preciso y defender la capital á muerte, si bien despues de enviar hácia el Loira á la emperatriz y al rey de Roma, con las princesas, los ministros, los altos dignatarios, el tesoro de la corona; y sobre todo no creer á enemigos embozados como Mr. de Talleyrand, á quienes habia contemplado en demasia, y por último, seguir sus instrucciones y no otras.— La suerte de Astianax, prisionero de los griegos, añadía, me ha parecido siempre la mas triste suerte del mundo: mas querria ver á mi hijo degollado y arrojado al Sena que en poder de los austriacos y conducido á Viena.—

Seguidamente indicaba Napoleon como se debia defender á París. No habiendo pensado en construir obras de mampostería por no alarmar al vecindario, se contentó con hacer que se aprestaran empalizadas y artillería. Ahora que la alarma estaba en su colmo y no habia por qué guardar miramientos, prescribia reforzar con empalizadas el recinto llamado del resguardo, construir las asimismo en los tambores delante de las puertas, establecer reductos en los puntos ya señalados, cubrirlos de artillería, y colocar detrás de estas obras improvisadas á la guardia nacional armada de escopetas, si se carecia de fusiles ¡qué confianza no hubiera

sentido, con qué libertad no hubiera maniobrado, á tener esas magníficas murallas, que gracias á un rey patriota, circuyen hoy la capital de Francia!

Del 3 al 8 de febrero habia permanecido Napoleon primeramente en Troyes y despues en Nogent, previendo una falta de los aliados, en la cual vinculaba su salvacion. Muy pronto le pareció descubrir las primeras señales de haberla cometido. Efectivamente, á otro dia de la batalla de la Rothière celebraron los aliados en Brienne un gran consejo para examinar qué partido importaba sacar de la situacion de Napoleon, que les parecia desesperada. No le suponian reducido á la fuerza de treinta mil hombres tras la batalla de la Rothière, sino á la de cuarenta ó cincuenta mil que se elevarian con Mortier á sesenta mil acaso, y aun bajo este concepto, tan superior á la realidad, se le tenia por perdido, si bien añadiendo que con tal de que no se cometieran faltas de sobra y de gran bulto. Al cabo de muchos debates se acordaron las siguientes operaciones.

Cualquiera que fuese la superioridad con que se contara sobre Napoleon, siempre se temia encontrarle frente á frente y aventurar la suerte de la guerra en una batalla decisiva. Asi se queria maniobrar de manera de arrinconarle sobre Paris y de llevar allá sucesivamente todos los ejércitos de la coalicion para abrumarle como en Leipzig, bajo una masa tremenda de enemigos. A la derecha de los aliados habia fuerzas dejadas en bloques de plazas. Como ya hemos dicho, eran el cuerpo de York delante de Metz, el de Langeron delante de Maguncia, el de Kleist delante de Erfurt. Estos cuerpos, relevados actualmente por otras

tropas y próximos á llegar al Marne, se componian el de York de diez y ocho mil hombres, el de Langeron de ocho mil, aunque solamente la mitad disponible, el de Kleist de diez mil, esto es, cerca de treinta y seis mil soldados, sin contar el cuerpo de Saint-Priest y varios destacamentos de Bernadotte, que fluian hácia la Bélgica por entonces. No era posible dejar los cuerpos de York, de Langeron, de Kleist, aislados junto al Marne y al alcance de los golpes de Napoleon, ni prescindir de su concurrencia al comun objeto. Se convino en que Blucher iria á juntarlos con los veinte y cinco mil hombres que le quedaban de su tropa, lo cual elevaria á cerca de sesenta mil el antiguo ejército de Silesia, y le constituiria en una situacion independiente. Blucher maniobraría á la cabeza de este ejército sobre el Marne, y arrollando á Macdonald hácia Chalons, Meaux y Paris, se hallaria á espaldas de Napoleon, quien de esta suerte no tendria mas arbitrio que replegarse. Entonces el príncipe de Schwarzenberg, que despues de la partida de Blucher, aun tendria por lo menos ciento treinta mil hombres, seguiria á Napoleon paso á paso en su retirada. Si Napoleon revolvia sobre el príncipe de Schwarzenberg, se aprovecharia Blucher de la coyuntura para dar un paso mas hácia adelante, y avanzando así unos á orillas del Marne y otros á orillas del Sena, acabarían por encontrarse bajo Paris como estos dos rios, y por agobiar á Napoleon bajo la masa de las fuerzas de Europa reunidas en torno de la capital de Francia. Entretanto, aun separados eran tan fuertes, que si Napoleon queria caer sobre un ejército ó sobre el otro, se le haria cara. Blucher creia que nada tenia que temer

á la cabeza de sesenta mil hombres. Mucho menos jactancioso el príncipe de Schwarzenberg creía poderle resistir con sus ciento treinta mil soldados. Fuera de esto, á la distancia en que estaban de París corrían bastante cerca el Marne y el Sena, para alargarse la mano de uno á otro, y mas juntando numerosa caballería. Asi acordóse que el príncipe de Wittgenstein se mantuviera sobre el Aube, donde le enlazarian los seis mil cosacos del general Sesliavin por un lado á Blucher que debía marchar á lo largo del Marne, y por otro á Schwarzenberg que debía marchar á lo largo del Sena. Con precauciones tales no se temía ningun descalabro, y sobre todo ninguno de los accidentes con que se debía contar al habérselas con un genio tan imprevisible como el de Napoleon. De consiguiente se satisficieron con lo que tenían de aparente estas precauciones, y se acomodaron igualmente á tal combinacion asi Blucher que de tal modo veía su independencia y la posibilidad de llegar á París el primero, como Schwarzenberg que se prometía desembarazarse del mas incómodo é imperioso de los colaboradores.

De resultas de estas providencias se trasladó Blucher el dia 3 de Rosnay á Saint-Ouen, y el 4 de Saint-Ouen á Fère-Champenoise, y encontrando ya al cuerpo de York á las manos con Macdonald cerca de Chalons, aplicóse á rebasar á este mariscal, por cuyo movimiento le obligó á replegarse á Epernay y á Chateau-Thierry. Despues de su larga retirada de Colonia á Chalons, no tenía Macdonald mas que cinco mil infantes y dos mil caballos. Se hallabá en Chateau-Thierry el 8 de febrero, seguido por el cuerpo de York, á lo largo del Mar-

ne, y amenazado de flanco por Blucher, que, no dejando el camino de Fère-Champenoise, esperaba tomarle la delantera en Meaux. De esta suerte quedaba París al descubierto, y tal era el peligro ya evidente que tanto alarínaba á sus moradores. Por su parte el príncipe de Schwarzenberg, despues de titubear delante de Napoleon, cuyos mas leves movimientos le ponian en cuidado, se adelantó lentamente sobre Troyes, sosteniendo con su temible adversario combates de retaguardia cada vez mas rudos. De súbito concibió dudas é inquietudes, al saber que asomaban tropas francesas á lo lejos y por su izquierda, esto es, sobre el Yona, en Sens, en Joigny, en Auxerre, (eran las de Pajol). Tambien acababa de percibir rumores procedentes de puntos mas lejanos. Le enviaron á decir que en Lyon se formaba un ejército francés á las órdenes del mariscal Augereau, y que tomaba la ofensiva contra Bubna; que de España acudían tropas en posta, y que ya se divisaban por Orleans sus cabezas de columna. Al golpe se le ocurrió si meditaria Napoleon algun movimiento sobre su flanco izquierdo, por mas allá del Sena y del Yona, y si serian medios allegados para este movimiento peligroso, el ejército de Lyon, las tropas que se veían junto al Yona, y las que llegaban de España. Bajo la influencia de estas zozobras declinó algo hácia la izquierda, mientras Blucher se ladeaba algo á la derecha, lo cual debía aumentar el espacio que les separaba de una manera muy sensible. Con efecto, llevó á Wittgenstein de la orilla derecha del Aube á la orilla izquierda, esto es, de Arcis á Troyes; dejó á de Wréde delante de Troyes con las reservas á la espalda; empujó á



Giulay sobre Villeneuve-l'Archevêque, y á Colloredo sobre Sens, lisonjeándose de precaver por este medio toda tentativa contra su ala izquierda. Algunos cosacos se dejaron para enlazar los dos ejércitos, mas se habia ensanchado mucho el espacio entre uno y otro. Este general tan cauto al creer preservarse de un peligro se preparaba otro mas grave, segun se verá de seguida, porque en la guerra no basta con tener á la vista un peligro, sino todos, y no es un lado de la situacion, sino la situacion entera la que hay que abarcar con mirada extensa, pronta y segura.

En acecho Napoleón el 6 y el 7 de febrero á semejanza del tigre dispuesto á caer sobre su presa, seguía con la vista á sus adversarios, manifestando una alegría creciente, la sola que aun no le era vedada, y no dejaba de titubear mucho entre uno de dos partidos. Ora se queria lanzar sobre Colloredo y Giulay imprudentemente aventurados entre el Sena y el Youa, ora sobre Blucher que corria hácia el Marne; pero el dia 7 ya no anduvo en vacilaciones. La importancia de los resultados que sacaria de situarse entre Schwarzenberg y Blucher y la necesidad de socorrer á Macdonald y á París cuanto antes, le determinaron á dirigirse hácia el Marne, y emprendió su movimiento contra Blucher con satisfaccion indecible. Del 4 al 7 de febrero y bajo su impulso vigoroso se sacaron de los depósitos de París algunos batallones. Con este recurso engrosó algo los cuerpos de Marmont y de Victor, las divisiones de los generales Gerard y Hamelinaye, y con ayuda de destacamentos procedentes de Versailles añadió algunos refuerzos á su caballería. Finalmente, encaminó hácia Pro-

vins la primera division llegada de España. Ya el 5 hizo bajar á Marmont de Arcis á Nogent, y personalmente se trasladó al mismo punto desde Troyes, cubriéndose con fuertes retaguardias á fin de ocultar su marcha al enemigo. Llegado allí comenzó su operacion magna. Marmont, cuyo espíritu no dejaba de ser activo, la habia ideado igualmente, si bien de una manera confusa, y ya la miraba como imposible, cuando sin cuidarse Napoleón de lo que pasaba en aquella cabeza ligera, le mandó partir el dia 7 de Nogent con una reserva de infantería y caballería con direccion á Sezanne, lugar provisto por orden suya de abundantes recursos. Tan luego como reconociera Marmont el camino haria que se le juntara todo su cuerpo. Al dia siguiente envió Napoleón á Ney con una division de la Jóven Guardia y la caballería de Lefebvre-Desnoettes sobre el propio camino de Sezanne. Este mismo dia se propuso partir en persona con Mortier y la Vieja Guardia. Juntos los tres cuerpos sumaban cerca de treinta mil hombres.

Sin embargo, al dirigirse hácia el Marne no convenia descubrir á París por el lado del Sena. Así Napoleón dejó sobre este rio al mariscal Victor con el segundo cuerpo, á los generales Gerard y Hamelinaye con sus divisiones de reserva, y detrás de ellos, en Provins, al mariscal Oudinot con la division de Jóven Guardia de Rothenburgo, y las tropas sacadas del ejército de España. Victor estaba encargado de defender el Sena desde Nogent hasta Bray, y Oudinot debia correr en su ayuda al primer cañonazo. A Pajol, con los batallones llegados de Burdeos, con las guardias nacionales